

rino terminó siendo el único verdaderamente rico en todo el villorrio.

Y en este punto el anciano cronista puso fin a la lectura de aquella parábola olvidada, por no decir oxidada. Luego, le habló a su perplejo amigo con estas tiernas palabras:

–Espero que le haya gustado lo que acaba de escuchar, aunque sé que no lo ha entendido totalmente por lo retorcido del lenguaje... De todas maneras, de lo que no haya logrado digerir, saque usted las conclusiones que le dé la real gana. Mire, Fulgencio, usted podrá tener todo el aspecto de un trastornado mental manicomiable, pero de loco, lo que se dice de loco, usted no tiene ni un pelo. Eso se lo puedo asegurar.

Y habiendo dicho esto, don Macario dio media vuelta y se fue, a pasos lentos, por el mismo camino peregrino que lo había traído.

Fulgencio, dejó rodar por sus mejillas unas cuantas lágrimas furtivas, y no le despegó la vista a aquel personaje caído del cielo, por así decirlo, hasta que lo vio desdibujarse por completo en lontananza.

---

JORGE KATTÁN ZABLAH: Narrador y ensayista salvadoreño. Se tituló de Abogado en Chile y de Doctor en literatura española y latinoamericana en Estados Unidos. Es autor de cinco colecciones de cuentos y de un libro (ensayo) sobre el tema de Don Juan. Sobre su narrativa se han escrito numerosos ensayos. Sus cuentos figuran en antologías a nivel salvadoreño, centroamericano y latinoamericano. Casi todos sus relatos tienen lugar en Cojontepeque, una ciudad mítica a la vera de Comala y de Macondo. Es Director Emérito del Departamento de Español de la institución académica Defense Language Institute, en Monterrey, California. Es miembro correspondiente de la Academia Salvadoreña de la Lengua y de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Reside en Carmel, California.

# La señorita Aurelia

POR MARÍA TERESA AZUARA

Mexicana

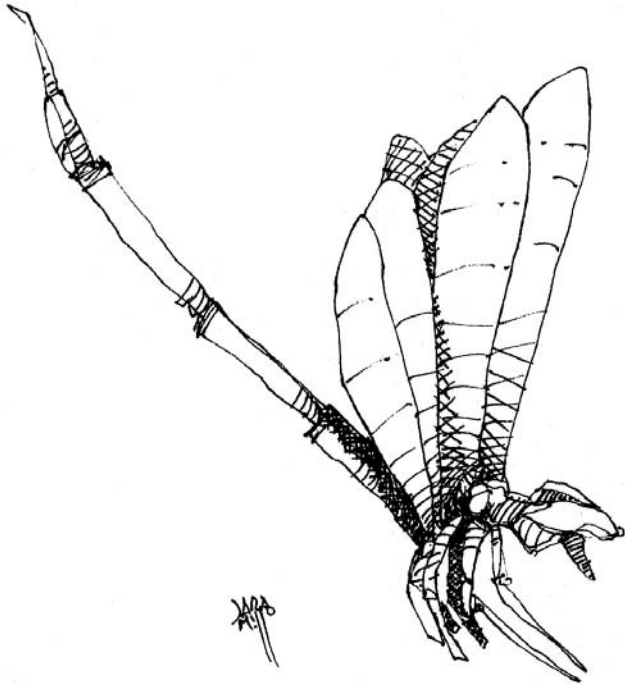
Esta mañana la señorita Aurelia se levantó más temprano que de costumbre. Había dormido mal, con un desasosiego que la inquietaba. Qué sería esa sensación en el pecho, como un cosquilleo que por momentos se convertía en galope. “Taquicardia”, le había dicho el médico unas semanas antes cuando lo había visitado alarmada. “Pero no había que preocuparse, eran cosas de la edad. Necesitaba caminar, llevar una vida sana, tranquila”. Pero si así eran sus días, sin mayores sobresaltos. Bueno, tendría que darse prisa si quería llegar a misa de siete, así que tomó un baño rápido, se recogió el cabello gris con una peineta y se puso el vestido azul con bordados a mano que la hacía verse más joven, a pesar de las marcadas líneas alrededor de los ojos que ya no podía disimular. Un poco de rubor, unas gotas de su loción de jazmín y no debía olvidar el chal negro sobre la cabeza. “No pueden entrar en el templo sin cubrirse la cabeza”, decía desde el púlpito el padre Luciano con el entrecejo fruncido cuando veía a alguna mujer descubierta. Pues sí, tenía razón, era en señal de respeto al Señor. Jaló la puerta y bajó sin hacer ruido para no despertar a los huéspedes. Doña Roque, la dueña de la casa, tomaba en pequeños sorbos su imperdonable café de la mañana en la mesa de la cocina, mascullando algo apenas inteligible que parecían ser sus pendientes del día. Aurelia no quería entretenerse, sabía que comenzar a conversar con ella era perder toda la mañana.

Le dio un buenos días cordial aunque precipitado e hizo como que corría para esquivarla. Una vez a salvo, alentó los pasos y lanzó un suspiro de alivio. Esta vez no tomaría la calle principal, no quería ver las mismas casas y las mismas caras de todos los días. Se iría por un atajo, la callecita solitaria de Dolores que desembocaba también en el jardín central. Era necesario un cambio de vez en cuando; ver otras miradas, escuchar voces distintas en el “buenos días, señorita Aurelia”. Aunque esa calle tenía muchas historias. “Puros chismes”, decía doña Roque, “pero mejor no camines por allí”. A Aurelia le tenía sin cuidado lo que decía la gente.

Ocupada en sus pensamientos no había notado que ya había llegado a la mitad de la calle. Tuvo que detenerse para dejarle el paso a un joven que salía de una casa cargando una cazuela con algo caliente. Entró en la puerta contigua. Aurelia se quedó frente al portón abierto. Era extraño, no sabía que había vuelto a ocuparse esa casa. Una muchacha con un delantal blanco ponía unos manteles a cuadros, platos y cubiertos en las mesas dispuestas en la pequeña estancia. En una de ellas, una anciana de ojos cansados, limpiaba con paciencia un puño de frijoles negros. Les soplabla y sacaba las piedras y basurilla para apartarlas en un montoncito a un lado. Sin salir de su asombro, Aurelia levantó la mirada: *Posada El Porvenir*, decía un letrero. No había oído que nadie la mencionara en el pueblo, seguramente la acababan de abrir. Al fin tendría un nuevo lugar en donde comer con un sazón diferente al de doña Roque, pensó con emoción; podría conversar con alguien que tal vez viniera de otra parte y le contara lo que sucedía fuera del pueblo. La plática con los huéspedes se había vuelto tan aburrida, era ya un hábito más en su vida. Con una mirada sonriente, la anciana la invitó a pasar y le hizo una señal con la mano para que entrara.

“Gracias”, balbuceó Aurelia asintiendo con un movimiento de cabeza y antes de reanudar el camino vio que la casa tenía el número 40. Ese mismo día vendría a comer, se dijo con el entusiasmo de quien espera un cambio en su vida, antes de que la vejez le sorprenda en la tan temida inmovilidad.

No pudo escuchar la misa con atención. Sería que la voz monótona del padre Luciano y el sermón que había oído una y otra vez ya no le decían nada. El acólito sonó la campana tres veces, “Señor, yo no soy digna de que vengas a mí” y repentinamente volvía a asaltarla la imagen de esa casa, número 40, ¿qué no era donde había vivido doña Daría?, y la taquicardia que no la dejaba estar, “pero una palabra tuya”...No, hoy no comulgaría, tenía dos semanas de no confesarse, para qué si el padre Luciano siempre le dejaba la misma penitencia, hasta parecía que mientras ella le decía sus pecados, él se quedaba medio dormido, pues es que ya se los sabía de memoria y qué pecados iba a tener en ese pueblo miserable en donde nunca pasaba nada. “Podéis ir en paz”... Salió de prisa para ahorrarse los saludos obligados. Tenía que ir a darles de comer a los canarios y al cenzontle y a terminar de tejer las carpetas para doña Serafina, necesitaba esos centavitos para comprar más estambre y cumplir con los pedidos que tenía. Ah, y avisarle a doña Roque que esa tarde no comería en casa. Se encaminó nuevamente por la calle de Dolores, pasaría otra vez por el mismo lugar para mirar bien esa posada. Cuando llegó al número 40 se detuvo en seco. Un sudor frío le bañó la frente y la estremeció hasta los pies. ¿Estaría volviéndose loca? Las palpitaciones le apretaron la garganta. Pero si acababa de estar allí hacía apenas una hora. No había ninguna señal de vida, era sólo una casa abandonada, sí, ésa había sido la casa de doña Daría, pero seguramente alguien la había comprado para poner la posada... Le-



vantó la vista. Ningún letrero. Ahora el portón estaba cerrado. Tocó fuerte, varias veces. Nadie respondió. Se asomó por la ventana ahora sucia y rota que daba a la estancia. Nada. Sólo ruinas de lo que había sido aquella casona muchos años atrás. La fachada carcomida era casi lo único que seguía en pie.

Desconcertada, Aurelia siguió su camino de regreso con torpeza. Entró en la casa sin detenerse a cambiar impresiones con doña Roque, como solía hacerlo cuando llegaba de misa. Se encerró en su habitación y no quiso salir a comer.

Ya entrada la noche, una fiebre inesperada se apoderó de ella. Su corazón comenzó a latir con brusquedad, obstinadamente. Un peso en el pecho le dificultaba la respiración. Presa del delirio repetía con insistencia el número cuarenta, el nombre de Daría. Durante dos días ininterrumpidos el médico del pueblo luchó por sacarla del sopor, pero el delirio se le convirtió a Aurelia en un leve suspiro y su corazón dejó de latir.

Dicen que en ese instante una intensa luz blanca y un tenue aroma a jazmín inundaron la habitación y la siguieron hasta el féretro, eso cuentan los que asistieron al velorio. "Será porque era una santa la señorita Aurelia tú", le dijo una de las huéspedes a otra, dándole un codazo con cierto disimulo. "¡Sshhhh!", las reprendió doña Roque frunciendo el entrecejo,

Han pasado tres meses desde su muerte. Algunos aseguran que la han visto en un nuevo lugar en el pueblo, la *Posada El Porvenir*, ayudando a una anciana en los quehaceres del lugar o asistiendo a los parroquianos. Aseguran que es ella, lleva el pelo recogido en una peineta y un albeante delantal blanco sobre su vestido azul.

---

MARÍA TERESA AZUARA, mexicana, nacida en Ann Arbor, Michigan. Vivió en México, D.F. hasta 1976. Desde 1981 radica en Querétaro.. Licenciada en Letras Modernas (Inglesas) por la UNAM, tiene Diplomado en Letras Hispanoamericanas de la Universidad Autónoma de Querétaro y un año de Maestría en Literatura Mexicana y Latinoamericana. En 1989 fundó el Taller de Lectura y Creación Literaria "La Buhardilla", que dirige hasta la fecha. Desde 1990 coordina el taller literario de la Casa de la Cultura del Centro. Paralelamente se ha dedicado a la traducción literaria, al periodismo cultural y a la docencia del Español. Coordinó la publicación de dos libros de cuentos infantiles con la participación de sus alumnos: **El árbol que florece cruces** y **Azul, ventanita de cielo** (1994 y 1998). Ha publicado los poemarios: **Fragmentos** (1996) y **Desde la arena que soy** (2003). En 1993 obtuvo Mención Honorífica en el Concurso Nacional de Haikú de Japan Airlines fundado por el poeta Octavio Paz. Forma parte de la **Antología de Mujeres Poetas de México** (Ed. Atemporia, 2008).